

sido vigorosamente rechazados, intentaron invadir á Méjico; mas hallaron tambien por allí tan fuerte resistencia, que se vieron obligados á retirarse con abundante pérdida. Determinaron entónces sitiar ambas poblaciones, y acordonando sus canoas en toda su circunferencia cerrarles enteramente el paso para que no les entrasen tropas auxiliares, ni ellos pudiesen salir de sus recintos, y continuando diariamente los ataques los pusieron en el mayor conflicto, hasta que vino Nezahualcoyotl, como vamos á ver adelante.

CAPITULO LI.

Envia Nezahualcoyotl á pedir al señor de Chalco el socorro que le ha ofrecido; lo rehusa, y el embajador se vé en grandes riesgos. hasta que á petición del pueblo envia el socorro. Marcha el príncipe con un numeroso ejército, y entra por Otompan, que se le rinde. Conquistan en un dia los tlaxcaltecas el reino de Acolman, y los chalcas el de Cohuatlican. Entra el príncipe por el de Tezcoco sin resistencia hasta su capital, donde hace pasar á cuchillo la guarnicion tecpaneca, dejando libre al vecindario. Despide las tropas auxiliares cargadas de despojos; procura fortificar sus fronteras, y se aplica á restaurar la policia y el gobierno.

Dejamos al príncipe Nezahualcoyotl en el alojamiento que le tenían prevenido los señores de Tlaxcallan, en una campiña algo retirada de la ciudad, á que le condujo el embajador Ixtoltzin, donde halló no solo toda la comodidad necesaria, sino tambien un ameno y espacioso jardín para su diversion, y fué servido mag-

nífica y abundantemente. Aquella misma noche, que segun parece fué la del último dia del mes de julio, le pareció conveniente al príncipe volver á despachar á Xolotecuhtli á Chalco con un mensaje á Totzintecuhtli, señor de aquella provincia, que á la sazón era muy poderoso, y le dijese de su parte que contando con el socorro que reiteradamente le habia ofrecido tenia determinado el dia ce olin, que corresponde al cinco de agosto, entrar por Otompan, conquistando esta provincia y la de Acolman, donde tenían los tecpanecas la mayor fuerza, talando toda la tierra, apoderándose de todas las poblaciones, y pasando á cuchillo á todos los que quisiesen hacer resistencia, y que al mismo tiempo entrase el de Chalco con todo su ejército por el territorio de Cohuatlican de que estaban apoderados los enemigos, y habian hecho plaza de armas á la principal poblacion, conquistando por el mismo orden, hasta que llegasen á encontrarse; pero le previno á Xolotecuhtli que antes pasase á Tezcoco, y lo consultase con el infante Quauhtlehuanitzin y con Huiziluhuitzin.

Llegaron allí luego mensageros de las provincias de Huexutzinco, Chollolan, Zacatlan, Tototepec, Cempohualan, Xaltocan y otras de ménos consideracion, dándole noticia de estar pronto el socorro con que cada una de ellas le auxiliaba, para que diese las órdenes que tuviese por conveniente. Dióla, pues, á todos generalmente de que el dia de trece buhos, que correspondió al cuatro de agosto, se hallasen todos en el pueblo de Calpolalpan, situado en los Llanos de Apan, perteneciente á la provincia de Tezcoco, y como nueve leguas distante de la capital á el Oriente para entrar al dia siguiente con su tropa por las tierras de Otompan.

Partió Xolotecuhtli á su embajada, y habiendo llegado á Tezcoco la comunicó con Quauhtlehuantzin, cumpliendo la orden de su señor; mas al infante le pareció que de ningun modo era conveniente que fuese á Chalco á pedir el socorro, ni ménos que le declarase á Totzintecuhtli la determinacion del príncipe, porque sabia que el emperador le habia enviado sus emisarios para que le ayudase contra los mejicanos, prometiéndole grandes mercedes, y él habia ofrecido darle el socorro sin embargo de sus anteriores promesas de auxiliar al príncipe contra el emperador. Pasó á comunicarlo con Huitzilihuitzin, y este fué de opuesto dictámen, no persuadiéndose á que fuese cierta la noticia de haber ofrecido socorro al emperador, ni ménos á que el señor de Chalco faltase á su palabra tantas veces confirmada. Era el de Chalco cuñado de Huitzilihuitzin, casado con Atozquentzin su hermana, y así le dijo á Xolotecuhtli: „Parte sin temor, y ántes de dar el mensaje á Totzintecuhtli habla con mi hermana, dila el negocio á que vas, y de mi parte que te apadrine y coadyuve á que Totzintecuhtli corresponda á lo que ha prometido al príncipe, aprontando sus tropas para entrar con ellas el dia que señala por Cohuatlican.”

Parecióle á Xolotecuhtli mejor seguir este dictámen que el del infante, y así caminó luego para Chalco por sendas extraviadas, para no dar con los enemigos, y habiéndose entrado por la sierra, perdió el rumbo, y confundido entre sus breñas no hallaba por donde salir de aquella espesura. Estando en este conflicto dicen que se le puso delante un animal de fiero aspecto y de especie desconocida, que con un gruñido horrible le llenó de pavor dejándole inmóvil. Pero fué mayor su es-

panto cuando le oyó proferir con voces inteligibles: *Si, Nezahualcoyotl vencerá á sus enemigos, pero con mucho trabajo*; y entrándose monte adentro se le perdió de vista. No bien convalecido de este susto, se le puso delante otro animal tambien de especie no conocida, pero de aspecto ménos fiero, que con diferentes señas y movimientos le dió á entender que le siguiese. Hizolo así Xolotecuhtli, aunque lleno de temores, y con aquella guia salió de la espesura hasta ponerle cerca de Chalco, donde se le desapareció (1).

Habiendo entrado en la ciudad solicitó ante todas cosas hablar á Atozquentzin, y con la noticia de que se hallaba en uno de sus jardines, fué á él, y dióle cuenta de su viaje y del mensaje y recomendacion de su hermano Huitzilihuitzin. Comenzó á llorar Atozquentzin, condoliéndose de las desgracias del príncipe y de los trabajos de su hermano, y le dijo que era cierto que Totzintecuhtli habia variado de dictámen y estaba resuelto á auxiliar al emperador; pero que sin embargo ella haria todos sus esfuerzos para que le cumpliese al príncipe la palabra que le habia dado, y sin perder tiempo se restituyó á su palacio y mandó á Xolotecu-

(1) En las historias antiguas de los mejicanos, como nota Clavigero, son muy frecuentes las alegorías, las cuales convertidas luego en realidades pasan de boca en boca, y el vulgo las adopta como si fueran hechos constantes; y tal seria acaso la aparicion de estas bestias que nuestro autor refiere por haberla hallado en los manuscritos de que se sirvió; pero mejor habria hecho en haberla omitido, mucho mas debiéndosele suponer, por el juicio y circunspeccion que muestra cuando refiere otros sucesos ménos increíbles, muy distante de dar crédito á una conseja mas propia para entretener niños, que digna de ocupar lugar en la historia.—E.

ti que la siguiese. Habló luego á su marido, á quien halló muy distante de condescender á su súplica y firme en el dictámen de auxiliar al emperador. Reconvinole con su palabra empeñada al príncipe, y tantas veces ratificada, á que respondió que el afecto que tenía al príncipe le había hecho ofrecerle socorro para restaurar su reino en otras circunstancias que las presentes, en que el semblante de las cosas le obligaba á mudar de intento: lo primero porque recelaba que el príncipe se ligaria con su tío el nuevo rey de Méjico, Itzcohuatl, hombre altivo, soberbio y ambicioso, que no se contentaria con solo su reino, sino que destruido una vez el imperio tecpaneca se le vantaria con todo y querria dominarlo todo y sojuzgar á los demas príncipes, muchos de los cuales temerosos del valor y ambicion de Itzcohuatl habian guarnecido sus fronteras: y lo segundo porque estaba persuadido de que la mayor parte de los señores y gente principal de su reino se inclinaba mas al partido del emperador que al del príncipe, y si queria obligarlos á seguir este, temia ó que se le negasen abiertamente ó le pusiesen en estado de aventurar su reputacion.

Sin embargo de estas razones instó Atozquentzin con eficacia, y estrechó tanto á Totzintecuhtli, que este para evadirse del empeño determinó tomar un medio. Este fué mandar llamar á todos los señores y principales de su corte, y que en presencia de ellos diese Xolotecuhtli su embajada para ver qué semblante ponian, y cual era su inclinacion.

Juntáronse todos en breve rato; y habiendo mandado Totzintecuhtli entrar al embajador, dió este su embajada en los términos que se le mandó, y para in-

clinár los ánimos á su propuesta les dió noticia de hallarse Nezahualcoyotl auxiliado de muchos príncipes que nombró, y con un grueso ejército que llegaria á cien mil combatientes. Concluido su razonamiento mandó Totzintecuhtli á los circunstantes que diesen su dictámen.

La mayor parte se inclinaba á que se le diese al príncipe el socorro; pero temian que la gente vulgar, ó temerosa del poder del emperador ó afecta á él no consintiese en ello. En tales circunstancias determinó Totzintecuhtli que se hiciese la bárbara publicata que en semejantes ocasiones se acostumbraba hacer.

Levantóse en la plaza un tablado, y en él pusieron al embajador atado á un palo de pies y manos, y cubierto con unas mantas. Convocóse al pueblo al son de sus instrumentos militares, y á voz de pregonero se les hizo saber la demanda del príncipe, diciéndoles que si querian ayudarle en la empresa se pondria en libertad al embajador, para que le llevase la respuesta; pero si no querian, al punto se le quitaria la vida, haciéndole pedazos: y descubriendo entónces al miserable embajador, quedó expuesto á la vista del pueblo, temblando de susto, y esperando la sentencia de su muerte; mas levantando entónces la voz todo el pueblo, pidió que le desatasen, que ellos querian de muy buena voluntad ayudar al príncipe Nezahualcoyotl, y estaban prontos á tomar las armas en su socorro.

Desataron luego al embajador, y le condujeron á presencia de Totzintecuhtli, que le recibió muy afable: le dijo que partiese luego, y dijese al príncipe que al dia siguiente marcharia con todo su ejército para estar el inmediato despues, señalado con el carácter de tre-

ce buhos, en las fronteras de Cohuatlican, y en el subsecuente de ce olin, un movimiento, que era el asignado por el príncipe, entraria conquistando sus tierras y apoderándose de sus poblaciones.

Marchó el embajador tan aterrizado que habiendo llegado á Tezcoco, y dándole noticia de todo el suceso á Huitzilihuitzin, este le dijo que partiese sin dilacion á Calpolalpan á dársela al príncipe su señor: mas él no tuvo ánimo para ello, y le respondió sinceramente que le tenían tan acobardado los peligros en que se había visto, que no se atrevia á exponerse á los que pudieran asaltarle hasta Calpolalpan, estando ya toda la tierra revuelta, unos en favor y otros en contra del príncipe. Hallábase Huitzilihuitzin convaleciente todavía de los tormentos que había sufrido; mas con todo eso se resolvió á ir él personalmente á encontrar al príncipe y darle cuenta de todo.

El dia dos de agosto, señalado en su calendario con el geroglífico del tigre en el número once, salió el príncipe del alojamiento de Tlaxcallan con la tropa de socorro que allí le dieron, y marchó para Calpolalpan, entrando en varias poblaciones, de las cuales se iba agregando tropa, de suerte que al dia siguiente bien temprano llegó á Calpolalpan, mandando ya un razonable trozo de ejército. Halló allí los socorros de otras partes, y en aquella mañana llegaron otros que en todo componian como cien mil hombres, pero no tenían la copia de armas que era necesaria. El resto del dia y parte de la noche se empleó en ordenar la tropa y disponer las cosas. Al dia siguiente de madrugada marchó con todo su ejército en derechura á Otompan: apoderóse de la ciudad sin resistencia, é hizo pasar á cu-

chillo á Quetzalcoiztli, señor de esta provincia, y á otros muchos de los principales caballeros así otomites como tecpanecas. Perdonó la vida á algunos, y á toda la gente vulgar que se rindió y pidió misericordia, con la calidad de reconocerlo por supremo monarca.

Logrado felizmente este primer golpe determinó dividir el ejército y que los tlaxcaltecas, cuyo general se llamaba Cenmatzin, y los huexutzincas mandados por el suyo llamado Tonalxochitzin, con la demás tropa que se les agregó de otras poblaciones menores al comando de los dichos dos generales, marchasen en derechura á Acolman, conquistando todas las poblaciones que encontrasen por el camino, ínterin que la demás tropa hacia lo mismo con las que habian quedado atras, y que seguiria derechamente para su ciudad capital de Tezcoco, con lo que venia á quedar en medio, llevando á la derecha á los tlaxcaltecas y huexutzincas, y á la izquierda á los chalcas, que habian de entrar conquistando por Cohuatlican, para poder acudir con el grueso de su ejército donde lo pidiese la necesidad.

Los chalcas cumplieron su palabra, y el mismo dia cuatro entraron con un ejército de diez mil hombres mandado por el general Nauhyotl, á los que se agregó otro casi igual número de partidarios que el príncipe tenía en esta provincia, los que á vista del ejército de los chalcas tomaron las armas y se unieron á él. Penetró el general Nauhyotl con su ejército sin encontrar estorbo por las tierras de Cohuatlican hasta su capital en que tenían los tecpanecas mucha guarnicion. Estas les hizo una valiente resistencia al comando de Quetzalmaquitzli, rey de Cohuatlican. Defendiéronse algun tiempo, hasta que no pudiendo sostener el ataque de

los chalcas, huyeron los mas de ellos y desampararon la ciudad, excepto el rey con un corto número que se retiró al templo mayor, donde se hizo fuerte y desde lo alto de él se defendia con valor, hasta que atravesado de muchas flechas cayó del templo abajo muerto, con lo que se rindieron luego los pocos que lo acompañaban, y quedó la ciudad por el vencedor que continuó su conquista hasta cerca de Huexotla.

El príncipe marchó con su ejército el mismo dia cuatro de agosto, y á la media tarde llegó á los contornos de Huexotla, donde le salieron á recibir Tlacotzin, señor de ella, con toda la nobleza que siempre le fueron leales y un competente número de tropa que tenían ya prevenida para auxiliarle. Dos de los principales caballeros de allí que eran hermanos, llamados Tocantzin y Quautliztli, suplicaron al príncipe que entrase en la ciudad y se dignase ir á descansar un rato á su casa, donde le tenían prevenido un refresco; condescendió él á su ruego y fué á la casa de estos caballeros, donde le sirvieron una espléndida cena, y le hicieron otros varios regalos; pero el mas estimable en el dia fué un prodigioso número de arcos, flechas, macanas, rodela y demas armas que ellos usaban, de que tenían llenas varias piezas de la casa. Fué para el príncipe muy estimable este regalo, porque no trayendo su tropa la municion correspondiente, como dejo ya dicho, pudo con esto proveerla sobradamente de todo lo necesario. Proveyeron tambien a todo el ejército de bastimentos con abundancia para aquella noche y el dia siguiente.

Luego que cenó se despidió de Tlacotzin y de todos aquellos caballeros, dándoles muchas gracias, y

continuó su marcha hasta un pueblecillo llamado Oztopolca inmediato á la corte de Tezcoco, donde llegó á la media noche: allí le salieron á recibir todos los señores, sus deudos, criados y vasallos fieles de la capital en tan crecido número, que ellos solos componian un competente ejército, todos con grandes expresiones y muestras de mucho júbilo y regocijo. No fué ménos el del príncipe, viéndose ya á las puertas de su corte, con un ejército tan poderoso para recobrar su imperio, y aliviar á sus vasallos y amigos de la opresion y trabajos que habian sufrido por serle fieles.

En este mismo pueblo de Oztopolca le estaba esperando Axayacatzin, infante de Mejico, nieto del rey Itzcohuatl que venia á hablarle de parte de su abuelo. Hallábanse los mejicanos y tlatelolcas sitiados del ejército tecpaneca, que repitiendo diariamente asaltos por varias partes los tenían en una continua inquietud. Tuvo noticia Itzcohuatl de que venia ya Nezahualcoyotl con un poderoso ejército contra Maxtla, y determinó enviar á su nieto á que de su parte le diese la bienvenida, y á renovar la liga y la alianza entre ambos para ayudarse mutuamente contra el tirano, y para hacerle saber el aprieto y peligro en que se hallaban.

Holgóse mucho el príncipe de ver á Axayacatzin y de saber de la salud de su tio, y le dijo que volviese y le dijese que le estimaba mucho sus expresiones, y que por su parte estaba pronto á mantener la union y alianza con él, para ayudarse mutuamente hasta morir ó vencer al tirano, y con esto le despidió. Gastó el resto de la noche en ordenar sus tropas, distribuir los cargos, y en disponer todo lo necesario para asaltar la ciudad de Tezcoco al amanecer.

Apénas comenzó á rayar el dia, marchó con todo su ejército bien ordenado, y al llegar á los arrabales de la ciudad salieron todos los viejos, viejas y mugeres preñadas, otras con los niños en brazos, y mucho número de muchachos pequeños, y postrándose todos delante del príncipe, con muchas lágrimas le pidieron se apiadara de ellos, que en nada le habian ofendido, y el haberse sujetado al tirano y obedecido sus órdenes habia sido obligados de la fuerza y el poder, que no eran capaces de resistir, temerosos de las penas y castigos con que los habia amenazado; pero que en sus cosas habian servido siempre fieles á su legítimo soberano, como lo tenia bien experimentado. Apiadóse el príncipe á vista de aquel espectáculo, y mandó á sus capitanes que entrasen con la tropa en la ciudad, y pasasen á cuchillo al gobernador y ministros puestos por Maxtla, y á todos los tecpanecas que se habian avecindado en Tezcoco, pero que no tocasen ni el mas mínimo vasallo suyo. Obedecieron prontamente los capitanes, y entrando en la ciudad quisieron hacer alguna resistencia los tecpanecas que habia en ella, en considerable número, mandados por el gobernador Tlilmantzin, hermano bastardo del príncipe, y por Nonohualcatl, cuñado suyo pero tambien su enemigo y parcial de Maxtla, y por otro deudo suyo llamado Toxpili; pero duró muy poco la resistencia, porque cargados del mayor número, no pudiendo sostener el ataque echaron á huir, muriendo muchos, otros escaparon con la fuga, y entre estos últimos fueron los tres gefes, que no pudieron haberlos á las manos: hízose todo con tanta prontitud que ántes de medio dia estaba ya concluido, y la ciudad quieta y tranquila. Entró el príncipe paseando la

mayor parte de ella, por las calles mas principales con muchos vítores y aclamaciones, y fué á descansar en su palacio de Cilan.

Los tlaxcaltecas y huexutzincas con su ejército entraron rápidamente por el territorio de Acolman, desde Tezontepec derramándose como furiosa avenida por todas las poblaciones del reino, sin perdonar edad ni sexo hasta reunirse en las inmediaciones de la capital. Embistiéronla furiosos y en breve tiempo se apoderaron de ella, á pesar de la resistencia que les hizo la guarnicion tecpaneca que habia dentro, de la que pereció la mayor parte, siendo pocos los que lograron escapar la vida con la fuga. Teyolcocoahuatzin rey de Acolman, sobrino de Maxtla, peleó bizarramente animado de sus soldados hasta que murió á manos de Tenalxochitzin general de los huexutzincas. Tanto en la capital como en las demas poblaciones fué tan horrible la matanza y el estrago que en un solo dia hicieron, que algunos lugares quedaron enteramente destruidos; todos los dieron á saco los generales, y fué muy considerable el botin que cogieron los soldados. Conquistado con esta facilidad y brevedad el reino de Acolman, pusieron en su capital una competente guarnicion de tropa veterana, y los generales marcharon sin detenerse con el resto del ejército la vuelta para Tezcoco, á unirse con el príncipe y darle cuenta de sus operaciones.

El príncipe Nezahualcoyotl despues de haber comido y descansado un rato en el palacio de Cilan, y dado las órdenes correspondientes para guarnecer la capital y arrabales, salió aquella misma tarde con un grueso destacamento para auxiliar á los tlaxcaltecas y huexutzincas, de cuyos progresos no estaba todavía noti-

cioso y habiendo llegado al caer de la tarde á Chiauhtla le recibió allí un caballero de sus parciales, llamado Tetlaxincatzin, suplicándole se dignase pasar á descansar á su casa. Aceptó el príncipe el convite y determinó quedarse allí aquella noche: fué muy bien servido y regalado y toda su comitiva y tropa, y estando allí llegaron los generales tlaxcalteca y huexutzinca con la suya. Diéronle cuenta de todo cuanto habian ejecutado y la enhorabuena de la felicidad y prontitud con que habia logrado apoderarse de su corte y reino de Tezcoco, y le manifestaron todos los despojos que habian tomado en Acolman y demas poblaciones conquistadas para que dispusiese de ellos.

Recibiólos el príncipe con mucha afabilidad y regocijo dándoles tambien la enhorabuena del feliz suceso de sus armas, y manifestándoles con muchas expresiones su gratitud, les concedió todo el despojo para que ellos y su tropa lo repartiesen entre sí. Diéronle cuenta del número de tropas que habian dejado de guarnicion en la capital, y considerando el príncipe que con ella quedaba bienguarnecida esta provincia y que con el gran número de gente de sus estados patrimoniales, que habia tomado las armas y se le habia agregado, estaba ya en estado de no necesitar las auxiliares, les dijo que si gustaban de entrar en su corte y descansar en ella algunos dias, le seria muy agradable; pero que si no querian detenerse, sino restituirse luego á sus respectivos paises, desde luego les daba licencia para ello, llevando consigo sus tropas y dejando solamente aquellas veteranas que habian quedado de guarnicion. Aceptaron los generales de mejor gana esto segundo, y determinaron partirse luego á sus tierras. Túvolo á bien

el príncipe y les mandó que diesen de su parte á sus soberanos las gracias por el favor que les habia debido, y que esperaba se lo continuasen para proseguir la guerra contra el tirano, luego que tuviese ordenadas las cosas de su reino, para lo cual les daria aviso á su tiempo.

A la mañana siguiente determinó el príncipe volverse por el mismo camino y sin entrar á Tezcoco avanzar hasta Huexotla, en cuyos contornos estaba acampado el ejército de los chalcas, concluida ya la conquista de todo el pais de Coahuatlan. Luego que llegó á Huexotla se le presentó el general Nauhyotl y los principales oficiales del ejército chalca, dándole la enhorabuena del feliz suceso de sus armas, y entregándole todo el pais que en su nombre habia conquistado, correspondió el príncipe con muchas expresiones de gratitud, atribuyendo á su conducta y al valor de sus tropas la felicidad de la empresa. Dióles todo el despojo que habian tomado en el pais conquistado, que tambien fué cuantioso, y el permiso de restituirse á su reino dejando solamente alguna tropa de guarnicion en las principales poblaciones. Con esto partieron los chalcas muy contentos, y el príncipe se restituyó á su corte de Tezcoco.

Convocó luego á todos los señores y gente principal de su reino y de las provincias conquistadas, y se hizo reconocer y jurar por supremo monarca, y sin pérdida de tiempo hizo guarnecer de buena y numerosa tropa todas sus fronteras, desde Tezontepec á Chiuhtlan, y toda la ribera de la laguna que corre para el Sur desde este lugar hasta Iztapalocan. Con no ménos diligencia y eficacia se aplicó luego al gobierno de sus pueblos, á restaurar la policia y la administracion de

Justicia, logrando en todo felices progresos con las sábias máximas de su cuerda conducta.

CAPITULO LII.

Piden socorro los mejicanos á Nezahualcoyotl, y va á esta embajada el infante Moteuhzuma que es bien recibido del príncipe, quien envia á pedirlo en su nombre al señor de Chalco que lo niega. Trabajos que pasa Moteuhzuma. Accion plausible de los señores de Huexutzinco. Liberta al infante un caballero, y vuelve á Tezcoco. Rebélase contra el príncipe el señor de Huexolla porque socorre á los mejicanos.

La rapidez de los progresos de Nezahualcoyotl, que en el corto tiempo de quince dias salió fugitivo de Tezcoco, caminó perseguido por todas partes de sus enemigos, de cuyas manos escapó maravillosamente la vida, y en tantos riesgos y empeños difíciles halló prontos los socorros de sus amigos con que logró juntar en un momento un ejército poderoso con que volver sobre sus enemigos y conquistar, no solo su reino hereditario sino tambien los de Acolman y Coahuatlican, es un conjunto de sucesos tan raros y extraordinarios que manifiestan que no fueron dirigidos ni podian haberse tan facilmente dispuesto por el orden comun de las cosas humanas, sino por una suprema extraordinaria providencia de Dios, que quiso hacer resplandecer su poder sobre este monarca gentil en todo el discurso de su vida, guardándola tantas veces con visibles prodigios, defendiéndole de sus enemigos, protegiendo sus empresas, co-

ronándole de victorias, y sobre todo ilustrando su entendimiento con superiores luces para que le conociese y adorase como verémos adelante.

Su triunfo, pues, y felicísima conquista en tan corto tiempo sorprendió de tal suerte los ánimos de Maxtla y sus ministros, introduciendo en ellos el terror y el espanto, que faltos de consejo no acertaban á tomar providencia alguna con que oponérsele, y lo mas que hicieron fué procurar reforzar las guarniciones de sus fronteras con las tropas que pudieron levantar, respecto á tener ocupado su ejército en el sitio de Méjico que, si lo levantaban, temian que los mejicanos invadiesen sus estados, teniéndolos tan vecinos y considerándolos parciales de Nezahualcoyotl; pero reflejando luego que si este queria invadir sus fronteras, no eran poderosas sus guarniciones para resistir el ataque, resolvieron estrechar el sitio de Méjico, y concluirle.

Para esto levantaron un prodigioso número de tropas, con las cuales menudeando los asaltos por todas par procuraban hacerse dueños de aquella poblacion, para convertir despues todas sus fuerzas contra Nezahualcoyotl.

Manteniase este príncipe en su corte, atendiendo á los negocios del gobierno, procurando restablecer el orden y policia que guardaron sus mayores, y al mismo tiempo iba levantando tropas de sus propios estados y vasallos; y este negocio, y el cuidado de disciplinarlas lo tenia encargado á Iztlacautzin, uno de sus generales, que sucedió en el señorío de Huexotla, por haber muerto su padre Tlacotzin pocos dias despues de la toma de Tezcoco.